



Remedios Varo. Jerónimo Bosco de nuestro siglo, sin iglesia, sin drama, sin aquella fuerza. Especialista en dejar abiertos los postigos de una sin razón que no obstante se filtraba con orden por las aberturas de las celosías. Hábil en el oficio de manejar las compuertas de la imaginación: nunca la dejaba correr más de lo correcto. Diestra —¡y tanto! — en la manera de dejar testimonio de sus ensoñaciones y reflexiones. Obsesiva en el retrato del mínimo detalle, entendía el cuadro como una suma de pormenores, cada uno con su porqué y su explicación. La lucidez controlando siempre una inconciencia a la que daba sólo libertad condicional, mientras un fino humor de crepúsculo limaba las posibles asperezas. Mística sin dios y ritual sin iglesia: su religión parece no haber sido otra que su yo, pero no por eso dejaba de tener sus jerarquías, sus misas y sus anatemas. El triángulo de su pintura tiene un lado de metafísica, otro de equilibrio razonado: la base debía ser la concreción formal de esa contradicción discursiva.